

IGNACIO ALDECOA, ESCRITOR DE CUENTOS

DESDE el final de la guerra civil hasta nuestros días se ha producido en España una extraordinaria revitalización del género cuento, fruto de la dedicación de una serie de escritores —en su mayoría novelistas— abocados a la composición de ese tipo de narración caracterizable por su brevedad (1). Existe una extensa nómina en la que sobresalen Sánchez Silva, García Pavón, Cela, Ana M.^a Matute, Ignacio Aldecoa, Fernández Santos, Martín Gaité, Alemán Sainz, Félix Grande...

Sin embargo, y a pesar de la indudable calidad literaria que la obra de estos escritores posee, lo cierto y verdad es que ésta no se ha correspondido con la aceptación mayoritaria de buena parte del público lector. Únicamente el investigador literario, todo lo más algún sector de la crítica especializada, han mostrado en algunas publicaciones su interés por este género tan injustamente postergado.

(1) "Yo creo que el cuento debe ser siempre un relato breve, porque es casi exclusivamente argumento, y argumento esquemático". Gregorio Marañón. (1947. Prólogo a una colección de cuentos de Osvaldo Orico.)

(*) "A mi entender un cuento debe reunir tres indispensables cualidades: ser breve, redondo y jugoso como una naranja". Ana María Matute. (Prólogo a *La tierra de nadie y otros relatos*).

(**) "El cuento es un tipo de narración esquemática en el que sólo interesa lo fundamental". Mariano Baquero Goyanes (Introducción a su *Antología de cuentos contemporáneos*).



A partir de los últimos años el panorama parece que ha empezado a cambiar. La institución de toda una serie de premios dedicados a difundir y elevar la categoría del cuento (alguno tan importante como el Hucha de Oro), la publicación de relatos en periódicos, suplementos y revistas de grande y pequeña tirada, y, sobre todo, el esfuerzo que una muy conocida editorial está realizando al publicar en una de sus colecciones de bolsillo los *Cuentos completos* de los escritores actuales más representativos, son indicadores que señalan la creciente importancia que está cobrando hoy entre nosotros tan bella manifestación literaria.

Una de estas recopilaciones es la llevada a cabo por Alicia Bleiberg de los *Cuentos completos* de Ignacio Aldecoa, que va a servirnos de referencia para comentar, si bien brevemente, la obra del que ha sido considerado como el máximo exponente del cuento español de postguerra. Las cinco ediciones realizadas entre 1973 y 1981 de los setenta y dos cuentos compuestos por este autor demuestran claramente el lugar de preferencia que actualmente ocupa, al margen de su producción novelística.

Buena parte de estos cuentos desarrollan lo que se ha dado en llamar "épica de los oficios", ya que la acción del relato se halla condicionada en gran medida por las peculiaridades y el entorno del trabajo que realiza el o los protagonistas del mismo. Es lo que sucede, por ejemplo, en *Santa Olaja de acero*, donde el marco escénico vendría localizado a bordo de la locomotora Santa Olaja-1, en cuyo interior los maquinistas Higinio y Mendaña conversan sobre temas intrascendentes. A lo largo de una jornada de trabajo vemos la identificación entre el hombre y su vieja máquina, durante el recorrido habitual de ésta. El núcleo del cuento sería el episodio dramático de la arriesgada maniobra de marcha atrás en una pendiente, que los maquinistas se ven obligados a realizar.

De la misma manera en *Young Sánchez*, otro de sus mejores relatos, Aldecoa nos introduce en el mundo del boxeo. Paco —Young Sánchez— va a librar su primer combate como profesional. Todo su futuro depende de que gane o no. El final es fragmentario, interrumpiéndose en el preciso momento del inicio de la pelea.

El interés por los oficios, claramente perceptible en sus novelas, resulta aquí casi inacabable. Aldecoa gusta recrear en sus relatos diversos ambientes de trabajo como el de cobrador de tranvía en *El aprendiz de cobrador*; la vida de las gentes del mar en *Entre el cielo y el mar* y *La noche de los hombres del amanecer*; la brigadilla de peones que reparan la carretera en



La urraca cruza la carretera; el continuo viajar de los camioneros en *En el kilómetro 400*; el medio rural en *El corazón y otros frutos amargos* y *A ti no te enterramos*; el servicio militar en *La tierra de nadie*; los oficinistas en *El porvenir no es tan negro...*

Como se observará en esta relación, hay una atracción especial en Aldecoa por los humildes. Salvo contadas ocasiones siempre fija su atención en los estamentos más bajos y miserables de la sociedad española poniendo al descubierto con un agudo realismo, no exento de ternura, la angustia de unos seres que luchan por su propia supervivencia. (V. gr. la cuadrilla de segadores que recorren a pie considerables distancias en busca de trabajo en *Seguir de pobres*, o esa desgraciada mujer dedicada sin remedio a la prostitución que es *La chica de la Glorieta*, o los mendigos, descritos al modo gallosiano, que pululan en *Los bienaventurados*.)

Un lugar común en casi todos los cuentos es la taberna, sitio de encuentro, de conversación, de parada obligada para todos estos tipos que alientan en sus páginas:

"De las tabernas recordaba el soldado, ahora que tenía su maleta de madera pegada a los pies, con el asa de hierro sólo para tres dedos, erguida como una cresta, a los amigos, a los compañeros. Tampoco hubiera podido decir qué había en su interior que las caracterizara y las distinguiese entre sí. En ellas solían beber, discutir, jugar a las cartas. Las tabernas siempre estaban llenas. Únicamente podría rememorar, pasado el tiempo, su rumor de colmena azuzada."

(De *El autobús de las 7,40*).

Sin duda que para Aldecoa la literatura sólo podía concebirse como un reflejo de la sociedad. (Recuérdese su polémica afirmación: "toda la literatura es social"). Y al reflejarla toma partido por los desheredados: "Yo he visto y veo continuamente cómo es la pobre gente de España". En cambio, cuando escribe sobre las clases acomodadas, su pluma adopta una actitud irónica y a la vez profundamente crítica. Estos nuevos personajes de la alta burguesía se creen superiores, pero en el fondo son tan infelices como los demás. (*Los pájaros de Baden-Baden*, *Al margen* y *Party*.)



Incluso en alguno de sus cuentos más extensos como *Vispera del silencio*, Aldecoa construye de modo alternativo y fragmentario determinadas escenas de la vida familiar pertenecientes a un hogar pobre y otro rico, siguiendo un movimiento de vaivén contrapuntístico.

La oposición campo-ciudad constituye asimismo otro motivo de denuncia social para Aldecoa. El paisaje rural es siempre descrito con una gran apacibilidad en donde viven unos seres que resignados a su duro trabajo desean en muchas ocasiones poder escapar de él. Sin embargo, este éxodo del campesino a la ciudad con el propósito de mejorar su nivel de vida encuentra siempre un total rechazo ante la insolidaridad que reina entre los que aquí viven, por lo que se ven obligados a regresar a su lugar de origen.

"Ahora Valentín volvía al pasado. Luego de nueve días de buscar trabajo y no hallarlo se encontraba azorado. No sabía lo que pasaba en la ciudad, se sentía extraño a ella. En el pueblo había dicho a su madre: Ya verás, esto se resuelve enseñada. Iré a vivir de fonda. Te aseguro que no pasaré hambre".

(De *A tí no te enterramos.*)

Por último señalar otros dos temas de sus cuentos: los niños y los ancianos. El primero, más festivo, sobre las travesuras infantiles, aunque algunas veces adquiere tonos dramáticos:

"Chico de Madrid era un maestro zagalejo de moscas y Job caracol, llevando consigo un estercolero; a sus trece años sabía mucho más de caza suburbana que el más calificado cinegético. Se había educado en las orillas del Manzanares, aprendiéndolo todo por experiencia. Chico de Madrid era bisojo y autodidacto, sucio y tristón, colillero vicioso y rondador de cuarteles en busca del pre sobrante: saltaba tapias y trepaba a los árboles con agilidad, pero nunca se salió de la ley. Tenía algo de orgullo y bastante puntería, por lo que pudo tener pandilla o doctorarse en golfo o pertenecer a cualquier sociedad de pequeños ladrones. Mas nada de ésto le interesaba, porque poseía un alma pura y aventurera."

(De *Chico de Madrid.*)

Y el segundo, que es una verdadera llamada de atención sobre el problema de la soledad, del aislamiento:



“Cerró los ojos y extendió su brazo izquierdo. Pensó que si presionara con la mano a lo largo de la cama, tal vez haría el otro sitio. Hacerlo sería fabricar un recuerdo. Recordar cuarenta años de un cuerpo durmiendo a su lado, viviendo a su lado, dándole hijos en una huella que solamente él podía reconocer. María había estado allí y allí quedaban su eco y su rumor.”

(De Las piedras del páramo.)

Profundamente atraído por la condición humana, Aldecoa nos ofrece en sus relatos, de pulcro e impecable estilo y léxico amplio donde tienen cabida determinadas voces populares, un valioso cuadro de la vida española de su tiempo.

